

*«Por mí llega a la ciudad del llanto;  
por mí a los Reinos de la Eterna Pena,  
y a los que sufren inmortal quebranto.  
Dictó mi Autor su fallo justiciero,  
y me creó con su poder divino,  
su supremo saber y amor primero.  
Y como no hay en mi fin ni mudanza,  
nada fue antes que yo, sino lo eterno...  
Renunciad para siempre a la esperanza».*

*Del Canto III (el Poeta en la puerta del Infierno)  
de La Divina Comedia, de DANTE ALIGHIERI.*

La afilada hoja desgarrando su carne lo despertó de su profundo sueño después de una agotadora jornada. Para su desgracia solo fue por unos instantes. El tiempo que tardó el estilete en hundirse en su corazón merced a una acción enérgica de un experto en la materia. Pronto dejó de sentir un dolor que le destrozaba las entrañas. Ni percibía el balanceo de la embarcación en un mar embravecido. Ni el peso de los años. Ese peso también desapareció en un segundo. No tardó en dejar de respirar. Para él todo había acabado. Todo. Hasta la importante carga que acarrea sobre sus espaldas y que le llevaba a la muerte. Ahora eso ya carecía de importancia. Las consecuencias de sus descubrimientos concernían a otros. Ni siquiera consiguió ver el rostro de su asesino. Ni mucho menos la sonrisa macabra que se le había formado al descargar su golpe mortífero. Hasta eso le fue negado por quien ostentaba el máximo poder. Durante

su existencia sus pecados debieron ser tan grandes que ni le otorgaron este derecho. Toda esa suerte que le había acompañado durante años se esfumó en unos instantes.

Dios le había girado la espalda.

En un abrir y cerrar de ojos había finalizado su recorrido por esos caminos polvorientos. Unos caminos repletos de peligros y donde en numerosas ocasiones se decidían el futuro de reinos y pontificados. En los despachos o salones se planificaban y en los caminos se ejecutaban sin ningún tipo de misericordia. También se le había acabado el perseguir doncellas o mujeres casadas que en eso no era escrupuloso. Más de una vez debió correr para ponerse fuera del alcance de algún novio o marido furioso. Y no huía por cobardía sino por prudencia. O eso hacía creer. Ya se sabe que una mentira dicha muchas veces se convierte en una verdad... Para algunos. E incluso para él mismo.

Y otras tantas su protector le había ayudado a salir de algún mal trance. Un protector que ya no le podía proteger como lo había hecho tantas veces porque también estaba muerto. Una muerte que había aliviado a muchos que lo consideraban un peligro. Reyes, nobles y cardenales, entre otras personalidades, se la tenían jurada desde que ascendió a lo más alto. En su recorrido se había granjeado muchos enemigos que acogieron con júbilo ese final. Replicaron las campanas de la mayoría de las iglesias y se brindó con vino de la mejor calidad. Se habían quitado de encima un problema. Pero todo ello había sucedido tiempo atrás lejos de allí.

El asesino rebuscó concienzudamente entre las vestimentas de su víctima. El cuerpo todavía mantenía la temperatura lo que le provocó cierto rechazo. No le fue fácil encontrar la cánula de oro que se hallaba bien oculta. Una vez en su poder se la guardó entre sus ropas sin conseguir evitar una media sonrisa de triunfo. Los secretos estaban a salvo. El Papa podría dormir tranquilo. En ese movimiento por ocultar el canuto se quedó al descubierto una cruz dorada que colgaba de su cuello. Se apresuró para ocultarla de nuevo de las miradas indiscretas. Hizo un gesto enérgico para que lo ayudasen. Con la colaboración de miembros de la tripulación lanzaron el cuerpo por la borda. Las frías aguas

serían para siempre la tumba de aquel desgraciado. Expuesto a los ataques de los depredadores marinos.

Las miles de estrellas que brillaban en la hora de maitines de esa noche fueron testigo de todas esas maniobras. No se escandalizaron. Estaban acostumbradas a contemplar infinidad de felonías que ocurrían bajo ellas. No existía peligro que delatasen al homicida. Ni tampoco el viento que soplaba racheado descifraría el misterio.

Sí algún día se descubría sería por otro medio.

—Mantened la boca cerrada si no queréis tener el mismo final —advirtió el asesino al capitán del barco mientras le entregaba una bolsa con monedas.

A pesar del exquisito refinamiento de su dicción, el aludido apreció que el estómago se le encogía por la amenaza. Cogió la bolsa y la sopesó con sus dedos huesudos y largos. Hasta sus oídos le llegó el tintineo que le hizo esbozar una sonrisa.

—Caballero, no paséis cuidado. Por esta cantidad de monedas nosotros somos ciegos, mudos y sordos —envolvió a sus palabras con un tono risueño mientras fabricaba una inclinación de la cabeza muy teatral.

El que ocultaba de forma sospechosa la cruz le clavó su mirada. Una mirada que le heló la sangre y que hizo temblar de la cabeza a los pies a un valiente hombre de mar que se había visto en mil y un peligro. Un hombre de alta estatura y sobresaliente corpulencia que rogó a Dios con premura no tener nunca como enemigo a aquel personaje de finos modales pero al que no le temblaba el pulso a la hora de aniquilar a quien se interponía en su camino. De ello había sido testigo hacía pocos minutos.

Le costaría olvidar el crujido que produjo el puñal al hundirse en el cuerpo del infeliz.

—¡A la salud de ese bujarrón! —horas después gritaba el capitán entre carcajadas que dejaban al descubierto su boca mellada.

Él y sus hombres se gastaban el dinero recibido en bebida y satisfaciendo sus bajas pasiones en mujeres de mal vivir.

—Sí que tenía pinta de bujarrón —aseveró uno de los marinos tras vaciar el vaso de vino de un solo trago.

Un eructo que le brotó desde el estómago acompañó a sus palabras.

—Cura y bujarrón... ¡Qué combinación! Comentó de nuevo el capitán con una sonrisa de oreja a oreja.

De nuevo las risas se propagaron entre aquellos rudos hombres de mar que se dejaron ir al verse fuera del alcance de aquel al que debían la juerga que se estaban corriendo. Alrededor se arremolinaban varias mujeres de pechos voluminosos, anchas caderas y ojos codiciosos con hacerse con una parte importante del botín.

Al religioso no le importaba que sus monedas condenasen las almas. Allá cada cual con sus conciencias. Al galope a lomos de un brioso caballo negro se alejaba del lugar mientras murmuraba: «Y el sol se detuvo, y paróse la luna, hasta que el pueblo se hubo vengado de sus enemigos». Frase perteneciente a la Biblia<sup>(1)</sup>. Un nuevo éxito a añadir a su inmaculada trayectoria. No sin razón, le apodaban el Certero.

Enjambres de insectos revoloteaban inquietos ante el paso del jinete como si intuyesen su peligrosidad. Una peligrosidad que aunque pareciese demoníaca era terrenal.

Muy terrenal.

---

<sup>(1)</sup> Libro de Josué 10:13

## I. Sabadell y el juglar

---

*«A caballo, entre el espacio y el tiempo,  
recorriendo caminos va el juglar poeta,  
siempre va en soledad, aquí y allá...  
por compañeras una citara y su cantar.  
Andante de caminos, todos sin final,  
flores en el sendero encuentra al caminar,  
le regalan su aroma y le inspiran poemas sin cesar,  
es artista, músico, cantor y contador de  
historias... este juglar».*

Del *Juglar Poeta*,  
de José Triviño «Juglar Adamar».

Dormía ajeno a los terribles sucesos que le aguardaban. Entonces ni se imaginaba el cambio brusco que daría su existencia. De haberlo sabido quizá hubiese tomado otro rumbo y, de ser así, no estaríamos relatando esta historia porque carecería de interés. En su rostro mantenía una mueca de candidez que en nada reflejaba la realidad. En sueños revivía los momentos de placer pasados pocas horas antes con una lozana hembra de caderas rotundas y pechos voluminosos que se juntaban haciendo difícil discernir dónde empezaba uno y acababa el otro. Vencer su resistencia no le había resultado fácil. Tres días de asedio para que se entregara a sus encantos. La conoció en el mercado de la población vecina, Terrassa. La distinguió entre el numeroso público que se arremolinó a su alrededor. No se le escapó cómo se mantuvo un buen rato observando su actuación. Con una bonita sonrisa que no consiguió arrebatarse protagonismo a aquellos

dos cántaros prodigio de la naturaleza que amenazaban con escaparse de la prisión del vestido. En ese mismo instante se prometió que paladearía aquellos manjares o no se llamaba Tomás. A pesar de que estaba casada aprovechó que el marido se encontraba ausente para cortejarla con galantería. Bajo la luz de la luna y las estrellas le cantó canciones de amor. Canciones pícaras que describían los amoríos prohibidos de una bella morisca llamada Sara con un cristiano de nombre Rodrigo. Este hombre se la ideó para penetrar en el harén de Granada donde ella se encontraba. Una noche los dos se entregaron con pasión. Los alaridos de placer de la mujer despertaron a las otras compañeras que no pudieron resistir la tentación de contemplar a los amantes en plena acción bajo la mortecina luz del candil. Las más atrevidas se unieron a la fiesta no deseando dejar pasar una buena oportunidad de variar de macho.

—Tomás, me contáis unas historias... Pensad que estáis delante de una mujer cristiana y felizmente casada con un buen hombre que es muy celoso. Si descubriera que le engaño nos mataría a los dos.

—¿Y eso es inconveniente para el amor? Dejaros llevar por mí y visitaréis el paraíso. Os lo aseguro.

—No me tentéis con vuestra palabrería. A un vecino que un día me lanzó una lisonja mi marido le partió la nariz de un puñetazo.

—Seremos discretos y viviremos nuestro amor cuando él se ausente.

La mujer no pudo, o no quiso, resistir la oportunidad que se le presentaba y cedió a las pretensiones del juglar. Su habla fácil y sus modos refinados derrotaron cualquier obstáculo.

—Tomás, ¿me amaréis siempre? —le preguntó estando uno en brazos del otro tras el segundo asalto amoroso.

—Toda la vida, no lo dudéis —le mintió sin inmutarse.

La relación se prolongó el tiempo que el marido tardó en regresar y pillarlos en una situación nada casta. El hombre, de alta estatura y complexión recia, agarró una estaca de sobresaliente tamaño y se abalanzó dispuesto a moler las costillas del sabadellense. En unos segundos sus huesos crujirían al

romperse. Sin embargo, este, acostumbrado a vérselas en situaciones similares pegó un brinco como en los mejores tiempos de juventud. Puso pies en polvorosa y regresó a esconderse en su villa.

Su sueño nada casto se vio interrumpido por un extraño estremecimiento. A su pesar un impulso le obligaba a abrir los ojos mientras percibía una presencia junto al lecho. Le costó reaccionar. Se negaba a admitir lo que sus ojos veían. Su raciocinio le gritaba que era imposible. Pero, ¿por qué dudaba tanto? ¿A lo largo de su existencia no se había topado con hechos que se escapaban a toda lógica?

Había visto tantas cosas...

Se tenía por una persona con los pies en el suelo. Únicamente creía en lo que veía y, a veces, ni eso, porque sabía que la mente jugaba malas pasadas.

Cerró y abrió los párpados en diversas ocasiones para desprenderse de la visión. La figura seguía allí mirándolo con un semblante mezcla de cariño y de recriminación. Iba a articular palabra cuando le posó sobre sus labios un gélido dedo. Ello le originó un temblor de los pies a la cabeza.

—Santidad...

—No digas nada porque a veces sobran las palabras. Solo cuentan los hechos —pronunció con dicción templada.

La tenue luz del candil parpadeaba por efectos de un leve viento que se había originado de una manera inesperada.

—Disculpadme, Santidad, os lo ruego —balbució bañado en sudor.

—Estás perdonado, Tomás... Pido que te mantengas alerta y no confíes en nadie. Cualquiera que se te acerque puede ser un peligro para ti. Duerme con un ojo abierto. En las tabernas y posadas siéntate observando la puerta para controlar quién entra. Y recela de los que se sitúen a tu alrededor. Cuando cabalgues por los caminos, sospecha de los desconocidos y todavía más de los conocidos.

—Santidad, ¿cuáles son esos graves peligros que me acechan? —en su voz se reflejaba el desasosiego que aquellas palabras le estaban provocando.